

dicado la repartición voluntaria de los bienes en favor de los pobres; y los hombres de nuestra época que claman por la partición de la riqueza, al desconocer todo lo que ha hecho el cristianismo, demuestran lo ingratos que son con sus doctrinas, porque solo él predica esa repartición de un modo que la obtiene por la fraternidad sin atropellar la justicia.

No solo la naturaleza humana producía antiguamente la división entre los hombres y la pobreza general, sino que dirigía á la fraternidad un insulto mayor mil veces con la esclavitud. Toda sociedad que no haya sido regenerada por Jesucristo, sigue el principio de oprimir para reinar. En los pueblos paganos, cuando un hombre opulento ve morir de hambre á su lado á algunos de sus semejantes, en vez de tenderles la mano les abandona á su suerte diciendo para sí: "Si evitara su muerte, trabajarían por mi cuenta y aumentarían mis riquezas." Puede darles la vida sin quitarles la libertad; no necesita convertirles en siervos para evitar que sean miserables; y puede, si quiere, proporcionarse el placer de partir sus bienes para ejercer una acción verdaderamente fraternal. Pero lejos de obrar de esta manera, les dice: "Ya veis que vuestra suerte os hizo desdichados y que moriréis pronto de hambre; dadme vuestro trabajo, y yo en cambio os daré pan; seréis mis siervos y yo vuestro señor; seréis mi cosa y yo cuidaré de vosotros; trabajaréis para enriquecerme ú os dejaré morir." Y estos hombres le contestan: "Antes la esclavitud que la muerte; aquí nos tienes; haz lo que quieras de nosotros; semejantes á tus bueyes ararémos tus tierras, y como tus mulas arrastrarémos tus carros de labran-

za; cuando encorvados nuestros miembros por el peso del trabajo, seamos inútiles ya y nos consideres un estorbo, véndenos á quien quieras si alguno te propone comprarnos; y si no es posible vendernos, cogerás nuestros cadáveres para estercolar con ellos tus campos, ó arrojarás nuestros cadáveres á tus peces para alimentarlos." Está bien, ha contestado el hombre libre, sois míos; vosotros sois mis siervos y yo soy vuestro dueño!

He aquí lo que hace la naturaleza y lo que ha hecho poco mas ó menos en todas partes y siempre; no nos da la libertad sino la esclavitud; es despótica, y para reinar tiraniza; y todos los filósofos modernos que en nombre de la naturaleza nos hablan de la fraternidad, no hacen mas que soñar, y nos hablan como sabios obrando como locos; ó son unos ambiciosos que bajo el manto de la fraternidad, ocultan la tiranía que quieren imponernos.

Quando la naturaleza obra por sí sola sin oponerle el contrapeso indicado por Jesucristo para destruir su inclinación egoísta; cuando no halla un dique moral que la sujete, lejos de producir la fraternidad, causa el fratricidio. Los que se atreven á afirmar que la historia atestigua que la naturaleza es por sí sola fraternal, afirman lo que no es, y si no queremos que resalte la falsedad histórica que nos dan como una prueba de su aserto, preciso nos es echar un velo sobre los dramas sangrientos que la historia nos consigna. Desde la cuna del hombre hasta los piés del Calvario; desde la muerte de Abel hasta la muerte de Jesucristo, es decir, en una larga serie de cuatro mil años, vemos correr un río de sangre. ¡Y qué san-

gre es esta, señores? Es la sangre del hermano derramada por el hermano. Este rio de sangre brota de los piés mismos del Calvario, desde cuyo punto se dividió en millares de riachuelos. Todo lo que no es cristiano ó ha dejado de serlo, desconoce la fraternidad que da la vida y perpetúa con la raza de Cain la tradicion del fratricidio.

Diez y ocho siglos hace que se desplegó el pendon de la fraternidad evangélica, que de entonces acá flota en las playas de todos los mares, y sin embargo, en la India y en la China se cometen asesinatos y degollaciones inicuas, que nos parecerian fabulosas si no pudiésemos registrar las páginas de la historia, escrita con el puñal de los asesinos y con la sangre de las víctimas. Ahí está la Cochinchina donde nuestros hermanos llevan junto con la verdad el sacrificio de su vida, y donde se embriagan con la sangre de nuestros mártires. Ahí teneis el mahometismo; siendo una de las ramas principales del cristianismo, defendido poco há por la espada fraternal de las naciones cristianas, asesina á nuestros cónsules solo para saciar los instintos de un fanatismo feroz. Tended la vista hácia los pueblos últimamente descubiertos en los abismos del Océano por la heróica abnegacion de la fraternidad cristiana, y encontraréis allí antropófagos; es decir, hombres que se alimentan de carne humana. No se contentan allí con empobrecer á su hermano, desnudarlo y matarlo, sino que lo comen beben su sangre y devoran su corazon. Por todas partes, donde Jesucristo, el divino Abel, no ha plantado con su sangre el estandarte de la fraternidad, encontraréis á Cain, siempre vivo y llevando siempre

en la frente el signo indeleble de sangre fraternal derramada por el odio que mata á sus hermanos.

Basta ya de leer en esta página de la historia humana, donde no encontramos mas que divisiones, miseria, esclavitud, odio y sangre; página vergonzosa y sangrienta donde la naturaleza ha escrito por mano del egoismo la historia del fratricidio; leamos, aunque sea rápidamente, la página en que Jesucristo, vencedor y restaurador de la naturaleza, escribió con su amor la dulce y magnífica historia de la fraternidad cristiana.

El cristianismo abrió á la humanidad las fuentes del amor. Apenas hubo tomado posesion de algunas almas en el misterio de Pentecostés, cuando causó un incendio divino en todas partes donde se posó en medio de unos pueblos á quien el egoismo habia hecho insensibles; al caer en la tierra el fuego divino produjo en las almas un prodigioso incendio de amor divino. Por primera vez contemplaba la humanidad, que llevaba cuarenta siglos de vivir, el sublime espectáculo que le ofrecian los hombres amándose unos á otros, con un amor ajeno de los intereses de la naturaleza, de la carne y de la sangre. Admirado el paganismo de ver un milagro que no puede comprender, contempla con asombro á los discípulos del amor que llevan impreso en la frente el signo del Maestro que regenera á la sociedad, y lanzan el único grito que puede proferir el egoismo ante el reino del amor: *¡Ved cómo se aman!* dicen. Los discípulos de Jesucristo se amaban efectivamente, y se amaban con un amor desconocido hasta entonces! Porque ya no eran solamente hombres, sino que eran hermanos; nacia en

ellos el principio divino. Este era un fenómeno divino que nada en lo humano podía explicar, porque no estaba preparado por ningun acontecimiento natural.

Antes de sostener que este prodigio provino de la espontaneidad de la naturaleza, seria mejor sostener que se han incendiado los hielos de los polos. ¿Cómo se efectuó este milagro de amor que dió al naciente cristianismo una aureola tan dulce y tan divina? ¡Ah señores! habia llovido sobre la tierra el fuego divino; Dios habia mandado al corazon de los hombres el fuego de su amor; y unidos los cristianos en ese amor y abrazados del corazon de Dios, conocian por primera vez, desde la muerte de Abel, el dulce misterio de la fraternidad. Por primera vez tambien oian repetir las palabras de *hermano mio* pronunciadas de boca en boca, manifestadas esteriormente, porque la fraternidad interior las hacia brotar para manifestar sus sentimientos.

Una vez que ese divino amor hubo tomado posesion de las almas y formado el principio vivo de la fraternidad cristiana, siguió perpetuando este milagro que lleva ya cerca de dos mil siglos de duracion y será eterno. El egoismo pagano dividia, y la fraternidad cristiana une á los hombres: el primero producía la miseria de las naciones, y la segunda las enriquece: aquel daba la servidumbre, y ésta da la libertad; y mientras el egoismo pagano daba la muerte, la fraternidad cristiana da la vida.

La division humana nacia del egoismo pagano, y la union humana brota del cristianismo, que siendo la union produce la fraternidad. Sea cual fuere la causa secreta de este misterio, se hizo visible á todo el

mundo el hecho eminentemente cristiano de que, el cristianismo une cuanto divide la naturaleza. El soplo regenerador que creó el mundo de las almas tiene una atraccion tan grande, que su influjo se hace sentir en todas partes; camina, corre, se precipita, y semejante á la chispa eléctrica, enciende de un extremo á otro del mundo la fiebre del amor. El paganismo habia abierto insondables abismos entre las razas, las naciones y los hombres, con las castas, las divisiones, los celos y los odios que habia creado; cuando de golpe se siente que los hombres se buscan, se tienden una mano amiga y se abrazan con amor. Desde los puntos mas remotos de la tierra; del otro lado de las barreras mas insuperables que separaban al hombre del hombre, se siente la fuerza de la atraccion divina que sentándose en el centro de la humanidad llama á todos para que se acerquen, se den el ósculo de paz y se estrechen contra el seno uno de otro. El noble y el plebeyo, el pobre y el rico, el bárbaro y el civilizado, el blanco y el negro, el escita y el griego, el africano, el asiático y el europeo encontrando con un mismo amor las mismas costumbres y las mismas necesidades, se agrupan bajo el manto fraternal que los reune, ora en las sombras de las catacumbas, ora bajo el sol de las ciudades. El mundo cristiano, formado en el amor, ha dejado en pié las gerarquías, pero ha hecho desaparecer las divisiones; ha conservado la desigualdad, pero borrando del mundo las castas. No podrá el cristianismo cegar todos los abismos que separan á los hombres, pero no abrirá ninguno nuevo; y ni un solo instante cesará en sus esfuerzos por hacer desaparecer cuantos dejó abier-

tos el paganismo. No habia pasado todavía medio siglo desde la fundacion del cristianismo, cuando ya resonaban por todas partes en el corazon de los cristianos estas palabras de San Pablo: "Hermanos míos, todos sois uno en Jesucristo Nuestro Señor: *Omnes vos unum estis, fratres in Christo.*" ; Oh religion de Jesucristo! ; tú unes todo lo que la naturaleza divide, y todos los católicos te saludamos, porque eres la religion de la fraternidad!

El primer acto de la fraternidad cristiana es unir á los hombres, y el segundo enriquecerlos. En las sociedades paganas cada uno tenia por principio enriquecerse despojando á los demas; en las sociedades cristianas, al contrario, cada uno da de lo suyo para hacer ricos á los otros; de este modo lleva el cristianismo á los hombres de siglo en siglo á la verdadera fraternidad. En el año anterior, para revelaros el secreto íntimo del perfeccionamiento moral de los hombres practicado por Jesucristo y los santos, manifestamos la reaccion efectuada por el heroismo de la pobreza contra los excesos de la avaricia, y probamos que el hecho secular y universal del verdadero cristianismo es la renuncia voluntaria de una parte de los bienes terrestres. Los que desean el perfeccionamiento de la humanidad y el alivio de las miserias humanas, se oponen, sin embargo, alucinados algunos de ellos por sus teorías, á esta doctrina fraternal, y se oponen á ella en nombre de la fraternidad. No saben comprender que el cristiano se desprende de una parte de lo suyo; y mucho menos comprenden que este libre desprendimiento, considerado socialmente, da por resultado, si no la estincion, por lo menos la di-

minucion de la miseria pública. Dia llegará en que, con la voluntad de Dios, trataremos de este asunto bajo el punto de vista económico, y manifestaremos todo lo que debe la humanidad desvalida á este fraternal desprendimiento. Por hoy nos contentamos con decir que el cristiano no se despoja simplemente con el objeto de despojarse de lo suyo, sino que lo hace con el fin de dar á los demas lo que les falta; no quiere empobrecer por solo empobrecer, sino que lo hace por auxiliar á sus prójimos necesitados. El acto de desnudarse y empobrecerse por vestir y enriquecer á los demas, es eminentemente fraternal, y da por resultado el bien del que recibe: es el acto mas fecundo de amor fraternal que cuenta la historia humana, y él solo bastaria para inmortalizar el cristianismo. Si hace cerca de dos mil años que reina en los corazones cristianos el espíritu de caridad, es porque hace cerca de dos mil años que se sembró en el corazon cristiano el amor al prójimo. No es este el momento oportuno para manifestar todo lo que ha hecho la fraternidad cristiana en el mundo para disminuir la miseria, y por esto nos hemos contentado con indicar cuál es la fuente de la caridad. Esta fuente mana sin cesar del corazon de los buenos por el amor de Jesucristo, principio divino de toda fraternidad, que nos enseña á dar nuestros vestidos para cubrir al que está desnudo. Desde que Jesucristo hizo brotar en el mundo este manantial divino, que nació en su corazon, y manifestó á los buenos que deben dar una parte de lo suyo para los necesitados, ni un momento ha dejado la humanidad de seguir tan santos principios, como ni un momento ha dejado el Nilo de seguir el

cauce que fecundiza las llanuras del Egipto. ¡Oh religion de Jesucristo, que das pan al pobre con los dones voluntarios del rico! los verdaderos católicos te saludamos, porque eres la religion de la fraternidad.

Ademas de procurar á los hombres la union y la riqueza, les inspira á un mismo tiempo un sentimiento altamente fraternal, y es el deseo de libertar al género humano de todo yugo. El paganismo enseñaba á los hombres á hacerse libres oprimiendo á sus semejantes; el cristianismo, por lo contrario, les enseña á hacerse esclavos en beneficio del prójimo. Para libertar al mundo se hizo Jesucristo esclavo: *Formam servi accipiens*. El cristianismo es una redencion y Jesucristo un redentor. Ya sabemos que el misterio de la redencion pertenece á un órden sobrenatural, que ha refluído necesariamente en el órden natural de las cosas. Jesucristo sembró en el corazon de los cristianos el deseo de libertar á sus semejantes, y ese deseo ha creado entre las sociedades cristianas la tendencia á destruir la servidumbre social que habia arraigado en ellas el egoismo pagano. El cristianismo destruyó entre los pueblos paganos la servidumbre en que vivian desde que empezó á alumbrar al mundo con su divina luz; pero no nos detendremos á explicar este fenómeno, porque no basta la palabra humana á decir lo que la historia nos manifiesta de una manera tan clara: la historia habla más alto que el orador y á ella dejamos esta tarea. Señores, hay en el fondo del cristianismo una fuerza oculta que no ven los filósofos de nuestros dias, y es el impulso perenne, lento algunas veces, pero siempre vivo, que da á las sociedades para que caminen hácia la verdade-

ra libertad. Es cierto que cuando brilló por primera vez en el mundo el cristianismo no lo hizo enarbolando entre los esclavos la bandera de la rebelion; no quiso como un nuevo Espartaco decir á los esclavos: "Vuestra es la fuerza, porque la fuerza sois vosotros; levantaos todos contra vuestros tiranos y heridles de muerte." Otros fueron los medios empleados por Jesucristo: despertó en el corazon de los esclavos el sentimiento de la dignidad humana y sofocó en el corazon de los señores los instintos del despotismo; y obró este fenómeno penetrando á un tiempo mismo en el corazon de unos y de otros. Las verdades que enseñaba debian producir una vez comprendidas por el esclavo y por el señor, la libertad del género humano. Jesucristo está todo en todos, les decia: *Omnia in omnibus Christus*: Jesucristo es vuestra vida, y en su propio corazon se ha realizado la fraternidad humana.

¡Cómo era posible que desde ese momento existiera la servidumbre! Si todos los hombres eran hermanos unidos en la vida misma de Dios, ¿podian existir á un mismo tiempo siervos y libres? No tardó en verse en el mundo lo que antes no se habia visto ni pudo verse, porque no se habia realizado este misterio; no tardaron en romperse las cadenas de la esclavitud quebrantadas por el soplo del divino amor, desapareciendo la esclavitud para que todos los hombres fueran libres. Y todavía se vió un nuevo prodigio; los señores ofrecian voluntariamente á sus esclavos la libertad que estos no se atrevian á pedir, rompiendo así los grillos con que sujetara sus manos el egoismo. Cuando el liberto era un sacerdote de Jesucristo ó